

## LA SEXUALIDAD

Los mayores de esta generación hemos creído en un periodo en el que no se hablaba de esto.

Al término de mis estudios -yo tenía entonces 25 años- tuve la ocasión de ayudar a mi médico de cabecera en su consultorio durante una epidemia de gripe. Un día debí acercarme a casa de una joven mujer de 26 años, que tenía siete niños y me dijo:

“Oh, qué contenta estoy de que por fin llegue una mujer médico, pues no sé que hacer; cada diez meses tengo un hijo! ¿Qué debo hacer contra esto?”

Repito, yo tenía 25 años, había terminado mi carrera de médico y aún no había oído nunca lo más mínimo sobre anticoncepción, y mucho menos de medio alguno que se pudiera aplicar contra lo concebido.

Al ponerme a escribir, no quiero ocuparme de profundizar con mis lectores en todo lo que por el momento y en este terreno se nos anuncia y ofrece. Yo quiero hablar de cosas más profundas y fundamentales.

Precisamente porque en nuestros días nos vemos confrontados con una batalla, en la que nosotros, como personas creyentes, debemos y podemos tomar un firme punto de partida desde las Sagradas Escrituras. Y esto, no porque tengamos un montón de críticas sobre lo que tantos jóvenes y mayores hacen en estos momentos, sino por compasión hacia esas gentes, al ver que Satanás va ganando

la batalla en todos los terrenos. Pues hoy día podemos hablar acerca del sexo, pero también podemos referirnos a qué se yo cuantas cosas más. Pero siempre será un solo aspecto de lo que hoy Satanás está haciendo con la humanidad.

El propósito de Satanás es demoler y destruir; quiere plantar falsos pensamientos en los corazones de las gentes, y decirles: si haces esto y aquello, si posees eso y lo otro, serás feliz.

Me propongo formular una serie de tesis quizá demasiado atrevidas para algunos oídos.

Toda miseria comenzó y esto lo sabemos nosotros los creyentes, cuando la mujer pensó: ¡Oh, ese fruto que me muestra la serpiente está apetitoso! ¿Por qué? ¿Por qué tan bueno para ser comido? Para alcanzar sabiduría.

¿Y qué hacen hoy las Evas del siglo XX? No lo que se lee en Efesios: 5: 22-6: 4, ni lo que desde el principio estuvo vigente: escuchar al esposo, quien a su vez había escuchado a Dios, sino que "picamos en el anzuelo" (Génesis 3:6).

Y entonces..., entonces se abre un mundo nuevo. Un mundo en el que se dice: "Ahora sé lo que es bueno y malo". (Gén.3:7). Pero al igual que Eva no nos damos cuenta de que este conocer el bien y el mal nada tiene que ver con el concepto de Dios sobre el bien y el mal; y nos entusiasmos increíblemente con ese mundo que se abre ante nosotros.

Hoy día, se llega a decir que el aborto no es absolutamente grave, sino precisamente bueno para aquella mujer que ha quedado en estado.

¿Es reconocible ahora este pensamiento? Es como uno de tantos que se le agolparon a Eva en aquellos momentos (Gén. 3: 6). Pero es un bien que nada se parece al criterio de Dios sobre lo que es bueno. Eva estaba tan contenta, que fue y debió decirle a Adán: "Debes escuchar un momento: a mí se me ha abierto un mundo nuevo; come también tú un bocado".

La caída de Adán fue aun más grave, pues él recibió directamente la prohibición de comer de aquel árbol (Gén. 2: 16-17). De ahí que esté escrito: "...el pecado entró en el mundo por un hombre(Adán)..."(Romanos 5:12 y ss). Adán no se lo pensó dos veces,- (los hombres le dan menos vueltas a las cosas que las mujeres. Estas todo lo piensan y repiensen, y quieren que los hombres también lo hagan así; -aunque no lo hacen), y viendo el entusiasmo de Eva, "comió así como ella" (Gén. 3:6). En aquel preciso instante, el mismo mundo que había visto Eva se abrió de par en par para Adán.

Pero, también en aquel mismo momento, ambos fueron abandonados por Dios, porque ellos le habían abandonado a El.

Todos sabemos lo que es un ser abandonado, porque el pecado de Adán pasó a todos los hombres. Luego, por más que hayamos nacido de unos padres adorables y formemos parte de la iglesia que sea, todos nosotros, por naturaleza, estamos abandonados de Dios.

Todos nosotros conocemos esa intranquilidad del corazón, esa angustia del alma que nos lleva a reflexionar y decir:  
-¿Dónde está la respuesta a todas esas interrogantes en que me debato?

Lo que ocurre con la mujer y lo que acontece con el hombre, lo leemos en Génesis 3. Es realmente sobrecogedor.

*"A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz a los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de tí" (v. 16)*

*"Y al hombre dijo: por cuanto obedeciste la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida..." (vs. 17-19).*

He aquí las consecuencias de lo que a nosotros, hombres y mujeres, nos ha ocurrido desde que juntos comiéramos del fruto prohibido.

Las mujeres, ¡oh,... cuando se es joven, se busca un hombre romántico, un héroe! se busca a aquel a quien no hace falta decir nada, porque sabe exactamente tus penas, y te dice:- Recuesta tu cabeza en mi hombro; todo eso se te pasará.

Pero ese hombre no existe. Porque también el hombre está corrompido; de ahí que veamos lo que acontece en el mundo: el hombre se enseñorea de la mujer, y no hace como leemos en Efesios 5: 25.28 y 31.

Es cierto que antes leemos: "el marido es cabeza de la mujer", pero es preciso seguir leyendo. Cristo es la cabeza del hombre y Cristo no vino para enseñorearse sino para servir. ¿Y qué es lo que ha ocurrido después del pecado original? -El hombre se ha ido enseñoreando de la mujer.

Esto lo vemos palpablemente en nuestros viajes por Oriente. Las mujeres occidentales y de países más desarrollados, son en ciertos aspectos unas mujeres dichosas, porque pueden desarrollarse y desenvolverse, y porque sus maridos no ejercen demasiado dominio sobre ellas. Pero si uno viaja por Portugal... allí se ve al señor marido con un parasol cabalgando sobre un pollino y su mujer al lado caminando con un pañuelo a la cabeza. ¡La mujer trabaja duramente en el campo y el señor marido se pasa las horas de conversación en la cantina! Esta situación se repite en muchísimos países del mundo.

Como médico tengo una clientela que me preocupa muchísimo. Me llegan gentes con sus problemas de divorcio. Mujeres que han pensado que con otro hombre encontrarían la solución a su propio vacío, a esa sima que ha surgido por el abandono de Dios. Pero esas mujeres no encuentran esa solución. Esas mujeres se vuelven aburridas, y sus maridos se marchan de casa porque semejantes mujeres se hacen inaguantables. Porque una mujer realmente quiere casarse con un héroe, pero no quiere que ese hombre piense como piensa

un hombre. Su manera de pensar es totalmente distinta de la forma de pensar de una mujer. La mujer espera que, una vez que se haya casado con él, ese hombre pensará tan románticamente como ella. Las mujeres piensan de modo romántico; pero los hombres no lo hacen así. Y ¿qué ocurre entonces?

Después del pecado original, la humanidad se siente -y esto siempre ha sido así- engañada, incierta; en lo más profundo de su ser se siente, aunque la tierra sea hermosa, completamente infeliz y desgraciada.

Hemos vivido bajo reglas severas. A veces nos revelábamos contra esas reglas, pero estábamos ligados a ellas. Por consiguiente, podíamos decir: el que seamos tan poco felices está originado, en último término, porque estamos sometidos a todas esas reglas que ciertamente no encontramos agradables.

Pero ahora llega una generación que es tan desgraciada e infeliz como eramos nosotros.

El hecho de que seamos tan poco felices se debe sencillamente a la realidad de que no podemos ni nos está permitido hacer, en cualquier aspecto de la vida, lo que nos dictan nuestros gustos y pasiones.

Por eso no estoy de acuerdo con aquellos que dicen que los hombres y las mujeres viven como animales. ¡Porque los animales viven fantásticamente! Para comprobarlo no hay más que vivir una temporada en medio de la naturaleza, y ver cómo los animales se ajustan perfecta y totalmente a las reglas de su Creador; cómo se comportan elegantemente, mientras que nosotros, las personas, nos conducimos disolutamente.

Así se llega a esa ola del sexo, a ese caos del sexo -diría yo. ¡Oh, infeliz humanidad! Pues Satanás está ahí como gallina que picotea en los excrementos, y ficticiamente susurra: -Escuchad hombres y mujeres, todo el concepto de pecado del que siempre se han ocupado las gentes de iglesia, sólo existe porque tales reglas, victorianamente severas, han

establecido que no está permitido hacer lo que te apetece. Y por esto, la humanidad ha sido envuelta con sentimientos de pecado y de culpabilidad; el hombre no es libre.

No, en el abandono de Dios ciertamente no somos libres. Estamos sometidos bajo las reglas y normas del enemigo de Dios, y en absoluto somos libres. Entonces llega Satanás y dice: -Debéis tirar por la borda, con toda tranquilidad, todas esas normas y reglas; entonces os hacéis libres.

Consecuentemente, llega una de las cosas que es todo un síntoma: libertad en el sexo: ¡Acuéstate con quien quieras, y hazlo tan frecuentemente como quieras! .

Cuando sobre este punto hablo con gente joven y las escucho, solamente me queda esta idea: ¡cuán poco felices son estas personas jóvenes que se han trazado toda clase de libertades, que han dado oídos a expresiones tales como: -"Tu no eres pecador; tu no eres culpable; eso es cosa que han establecido esas normas idiotas"! .

A esta situación yo la quisiera calificar de menos feliz que la nuestra cuando éramos jóvenes y nos debíamos someter a esas normas estrictas. Puedo asegurar que soy feliz de no ser joven en estos tiempos. Porque yo habría caído en esta enorme confusión, y habría escuchado -estoy segura- todas esas desgraciadas teorías. En nuestros días, la juventud está embarcada en este maremágnum sexual de teorías, prácticas e ideas. A nosotros no se nos ofrecían todas estas teorías, pero a nuestros jóvenes les son presentadas por diversos medios: radio, televisión, libros, revistas y panfletos. Contémplese, si no digo verdad, esos quioscos. Es para echar a temblar. Todo se presenta y se representa... Y, como hombre o mujer joven, ¡encuentra ahora el camino! Porque, en lo más profundo de su ser, el hombre busca paz, tranquilidad y dicha; y nuestros jóvenes de ambos sexos se ven atacados por tanta confusión en esta materia.

Y si se les dice: comienza con libertad del sexo, el punto siguiente será este: ¿se deben aceptar los riesgos de la libertad del sexo, y los hijos concebidos deben nacer fuera del matrimonio? ¿Debo usar medios anticonceptivos? ¿Dónde y cuándo?

El punto crucial es este: que el sexo es practicado por el sexo mismo, y no en esa íntima alianza que existe entre hombre y mujer, cuyo misterio, es decir, que ambos se han hecho una sola carne, es grande. Este hacerse una sola carne con el otro, no significa estar juntos en la cama, sino el que ambos se saben una sola persona, el ser más elevado de la creación de Dios. En la relación sexual, lo primero que se da es una comunión espiritual, que es lo más hermoso que hay y en lo que hay que poner el acento.

Pero ahora todo esto queda desencajado, y la juventud es incitada por Satanás a hacerlo para hacerse "libres", se les dice.

Llegados a este punto, propongo una de mis primeras tesis: *Opino que la mujer nunca ha sido tan esclava del hombre como precisamente en nuestros días.* Porque los hombres sencillamente dicen a la mujer: -Haz uso de la píldora, y entonces sí haré uso de tí; esto es lo que necesito para mi satisfacción.

¿Que cómo yo sé de estas cosas? - Porque conozco lo que pasa en las ciudades donde hay muchos estudiantes, y yo misma tengo gente joven entre mi clientela. Las jóvenes que no participan del juego, no salen prácticamente de casa, pues son muchos los muchachos que opinan que el final de sus relaciones con una joven debe ser que la mujer se entregue a sus deseos sexuales; y si algo sale mal, todo se soluciona enviando a la mujer a la clínica de abortos, en donde se hace que se extraiga el fruto concebido.

Por consiguiente, aquella mujer es empujada por el hombre hasta convertirla, sencillamente, en un objeto del sexo.

Con esto no quiero decir, que yo cargue toda la culpa sobre esos hombres. No; esto ya lo he dicho antes, y lo repito ahora: -Vivimos en unos tiempos en los que Satanás diría: -"Voy a destruir el mayor número posible de hombres y mujeres". Pero los hombres no ven que son destruidos, ni se dan cuenta de que con ello destrozan a la mujer, y que las mujeres, viviendo como los hombres quieren de ellas en esos momentos, también están echando a perder al otro.

Mas, ¿quién está detrás de todo esto? -El pecador homicida desde el principio (1 Juan 3:8).

Desde 1.965 se han cometido 40 millones de abortos. Es decir, la humanidad ha echado a la basura 40 millones de vidas infantiles! .

Pero Satanás y sus aliados, de modo increíble y subrepticio, vendrán a afirmar que solamente se extrajo un trozo de mucosidad, una pequeñísima flema, nada importante...

He aquí, pues, con lo que se ven confrontados todos esos grupos de mujeres que exigen ser dueñas de su propio vientre.

La situación real de lo que exactamente ocurre en un aborto (y yo como mujer y como médico puedo juzgar) no puede saberse. No hace mucho que cerca del Ministerio Holandés de Salud Pública se presentó un escrito firmado por 600.000 personas que opinan que estas prácticas del aborto no deben seguir adelante. Pero hemos de darnos cuenta frente a qué cosas y acontecimientos nos hallamos en estos tiempos. No nos encontramos en un punto de la historia en el que el hombre pueda ser hecho libre porque éste al fin ha alcanzado una fase en que puede hacer lo que quiere.

La dificultad estriba en que vivimos en un gran campo de tensión:

*¿Tiene Dios razón, o somos nosotros, como hombres, los que tenemos razón? ! .*



Ese hombre caído es dominado por Satanás. Ya nadie se pregunta si hay determinadas normas según las cuales deberíamos vivir para que realmente las mútuas relaciones humanas fuesen buenas. No; y nos atrevemos a decir: la norma es aquello que el hombre medio, el hombre que actualmente vive, encuentra agradable.

Por tanto, no extraña ver lo que por el momento acontece: las mutuas relaciones entre los hombres se hacen cada vez peores.

Uno mismo puede leer en cualquier libro sobre psiquiatría y en las revistas de medicina que los que se ocupan de estas ciencias se hallan cada vez más preocupados por la celeridad con que la humanidad sucumbe espiritualmente. Y esto mismo también se comprueba por el aumento del número de divorcios: los hombres y mujeres no pueden llegar ya a una auténtica relación entre sí.

Llegados a este punto, propongo una segunda tesis: *Estoy convencida de que uno de los errores de pensamiento más fatales y del que nos hacemos esclavos, es el siguiente: los derechos de la persona, del hombre.*

Con esto naturalmente no quiero decir, que nosotros como cristianos nunca podamos cometer injusticia contra los demás, o que no podamos hacer mal uso de la creación de Dios nuestro Señor.

Si me pongo a vivir según el siguiente criterio: -Yo tengo derecho sobre esto y sobre esto, de esta forma y de la otra, y estoy convencido de que hay muchos pueblos que viven en circunstancias enormemente defíciles y que padecen muchísimas privaciones, entonces no preferiríamos otra cosa que esos pueblos tuviesen suficiente alimento y una existencia digna de hombres. Pero ahora no trato de esta problemática.

Yo me refiero a nuestros propios motivos interiores.

Si Dios se ha revelado a Sí mismo en Su Hijo, entonces nos ha

manifestado al hombre tal y como El lo ha concebido en la creación. Esto es algo que debemos dejar penetrar muy claramente en nosotros, a saber: que Jesucristo abandonó todo derecho, de una forma propia y característica -tal y como El lo había pensado- y fue a la cruz por amor a los hombres, sus prójimos. Por esto se nos puede decir en la carta a los filipenses:

*"...Haya, pues, en vosotros este sentir (:manera de ser y comportarse) que hubo también en Cristo Jesús (Fip. 2: 1-8).*

Porque también el Demonio viene y nos susurra: -"Si tienes esto, te haces dichoso, y si obtienes aquello te haces feliz. Todas esas gentes aburridas y molestas no te lo darán nunca".

De ahí que también nos encontremos con la práctica del "sensitivity training", el cual te coloca en situaciones en las que debes relatar exactamente a otro aquello que tu crees que él no te da.

Nosotros los médicos sabemos que el 95% de las enfermedades pueden tener como origen la falta de amor que esas personas han padecido. El otro 5% puede tener otras causas.

¿Dónde están,pués, aquellos que deben dar el amor que esas personas necesitan para estar sanas? Ese es solamente Jesucristo. Todos nosotros buscamos una figura clave, pero esa única figura clave que realmente nos puede llenar y saciar, que nos puede dar paz, que nos puede llevar a una renovada relación con Dios y mediante ésta a una renovada relación con el prójimo, ¡es Jesucristo! .

Nosotros, en nuestros pecados, buscamos lo que queremos tener.

Todo lo demás es una consecuencia de esto; por tanto, todo el problema que nos ocupa se halla infinitamente más profundo de lo que pensamos. No es una explosión del sexo. Es Satanás en marcha para destrozarnos la humanidad.

Durante mucho tiempo me he obligado a mi misma a someter y contrastar con las Sagradas Escrituras todo pensamiento que brotaba en mi.

Nosotros podemos conocer a Dios. Claro es que nadie le ha visto a El; pero quien ha visto al Hijo, ha visto al Padre. Por consiguiente, yo le puedo conocer a El por la revelación en Jesucristo. Nosotros conocemos las palabras de Jesús, y sabemos que esas palabras, al igual que las nuestras, procedían de un determinado mundo del pensamiento. Y en Jesús, su concreto mundo del pensamiento, concretado en hechos, es finalmente la cruz.

Ahora, pues, si los pensamientos que brotan en tí los contrastas y sometes a la Palabra de Dios, entonces te echas a temblar terriblemente. Pues en esos momentos yo misma he notado que soy idéntica a todas las gentes: -Yo tengo derecho a esto y a aquello; y este aburrido hombre mío no me da esto, y a mis hijos les tiene sin cuidado su madre..." En fin, sólo hago mención de algunas cosas, porque cuando me casé ya me había ganado para sí el SEÑOR. Pero no cabe duda que en lo que acabo de decir está la raíz de toda desunión entre los hombres.

Y, si no lo creen así, pónganse a hablar con gentes que tienen dificultades en su vida matrimonial. Se lo aseguro y nunca he visto que sea de otra manera: la culpa siempre es del otro. Que el otro no te da lo que con tanto agrado quieres tener.

Me explicaré con un ejemplo. En la calle hay muchos coches aparcados. Y uno sabe muy bien, que cuando se compra un coche, se procura seguir las indicaciones que ha dado el vendedor. Por supuesto que no se le ocurrirá echar agua en el tanque de la gasolina, porque entonces el auto no marcharía.

Pues bien, Dios nos ha creado y ha dado reglas o normas muy precisas, pues Dios nuestro Creador sabe que si no nos atenemos a esas reglas, no funciona nuestra máquina, ni marcha en

la relación debida entre los hombres.

Las cosas que Jesús nos ha dicho no encajan en nuestro esquema mental como hombres y mujeres perdidos y condenados por naturaleza. Jesucristo nos dice:

*“Cualquiera que no renuncia a todo lo que posee...”*  
(Lucas 14:33).

Pues bien, contrasta ahora estas palabras de Jesús frente a los derechos del hombre. Es más, yo les aconsejaría a los lectores: Colocad ahora todo lo que se ofrece en estos momentos en el mundo como una solución del caos en que vivimos, frente a los pronunciamientos de nuestro Creador. De seguro que Dios te diría: “-Te desafío a hacer una elección. ¿Quieres escuchar mi voz, quieres escucharme a Mí, tu Creador? Entonces descubrirás que perteneces a la gran legión de pecadores . Pero yo no miro con malos ojos al pecador. Yo entrego Mi Hijo a la muerte por ese pecador, para que sea redimido, para que sea liberado de las garras del pecado, de modo que esa persona pueda desenvolverse como tal”.

Y en efecto, todo el mundo suspira por esta redención y liberación. Lo podemos comprobar y ver en la carta a los Romanos, que habla de la manifestación de los hijos de Dios (Rom. 8: 19 y ss).

El mundo suspira por hombres y mujeres que amen a los demás hombres y mujeres. El mundo no anhela gentes que dicen: - ¡Ay! ¡qué juventud tan aburrida, tan cansada de todo, que hace uso de las drogas! ¡qué pena de hombres y mujeres que cometen adulterio, aborto, etc., etc.! .

No; el mundo, las gentes, no suspiran por nuestra crítica; suspiran y anhelan liberación y redención; ansían personas que realmente estén llenas del amor de Dios.

En otoño de 1.975, estuve en América con una buena amiga mía. En muchas conferencias pudimos participar conjuntamente

y acerca del tema que resumo brevemente:

Por el pecado original todos nos hemos vuelto herejes, impíos, porque hemos perdido algo en nuestro corazón. Hasta que nos acerquemos a escuchar a Dios y confiar en El, porque la falta y pérdida que sufrimos, únicamente podemos llenarla y reponerla por Jesucristo. Porque sólo por El y por ninguna otra cosa, se puede ser libre: ni por el sexo, ni por la píldora, ni porque asesine a mi hijo aún no nacido, ni por las drogas, ni por la meditación trascendental... No; por ninguna de todas estas cosas. Pero Jesús te dice clara -y expresamente:

*“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”*  
(Jn. 8 :36).

Si amamos realmente a nuestro prójimo, y nosotros mismos hemos oído y escuchado esa voz amorosa de Dios, entonces sólo podemos hacer una cosa en nuestros días: Hablar a las gentes sobre el amor que Jesús nos tiene, sobre el sacrificio que El ha ofrecido por este mundo; y asegurar a esos mismos hombres y mujeres, que este es el *único* camino para llegar a la libertad por la que la humanidad entera suspira tan ardientemente. Porque para esto hemos sido llamados por Dios, y para esto nos ha puesto El mismo en el mundo. Pues la lucha propiamente dicha -y esto es cosa que no debemos olvidar-, es una lucha “contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6: 10 y ss).

Es muy hermoso si nosotros comenzamos extraordinarias acciones de grupo, y decimos: -La ley sobre el aborto debe anularse, etc. Todo eso está muy bien. Pero la lucha real y verdadera se está librando en el mundo invisible; hay una batalla en las regiones celestes por la posesión del hombre. El hombre que, en su totalidad, ha caído en poder de Satanás. Porque Dios creó al hombre tan maravillosamente que lo creó con una voluntad libre en la cual el hombre

podía elegir si quería hacer lo que Dios le dijo, o no.

También ahora se hace evidente que aun habiendo caído, que aun habiendo sido hechos esclavos del pecado, somos libres para escoger, para intentar alcanzar alegría en nuestra vida por el camino que el Diablo nos ofrece, pero asimismo podemos elegir el otro lado que asegura un éxito absoluto, y ciertamente por confiar en Jesús, por aceptarle a El y ser hechos por El una nueva criatura.

Pero ahora no se trata solamente de que yo personalmente llegue a esa paz. No; yo puedo decir a mis lectores, que lo fantástico es cuando uno descubre que Dios realmente es verdad, que El realmente es *la* verdad que hace libre al hombre. No; ahora se trata de que todas esas gentes que están en torno tuyo, que se cruzan en tu camino, son personas por las que el Hijo de Dios mismo se ha inmolado en la cruz.

¿Y qué haces ahora con ellas? ¿Cuál es tu postura en esta lucha? .

Tu y yo, como cristianos, hemos sido verdaderamente llamados por Cristo y para Cristo. Por eso me permites que relea contigo aquel hermoso pasaje:

*“Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta” (II Cor. 10: 3 y ss.).*

Por tanto, cuando se me ha desvelado la clase de pecador que soy, y que mi única posibilidad para llegar a ser libre es por Jesucristo, entonces mi actitud es totalmente diferente frente a mi prójimo; entonces veo que ese prójimo se halla

en las mismas prisiones que yo, en el pecado, y mi actitud ya no puede ser de condena de mi prójimo, pues puedo ver en qué situación espiritual, por desgracia, se encuentra ese prójimo.

En consecuencia, me está permitido intentar conducir a esos hombres que se acercan a uno en demanda de ayuda -también los hay que se acercan pidiendo ayuda, y cuando apenas les mencionas el Evangelio, huyen nuevamente-, me está permitido, repito, conducirlos en las manos de Dios a la victoria de Jesús.

A toda persona que inmensamente infeliz llega a tu camino realmente la puedes servir de ayuda para desbaratar las obras de Satanás y del pecado. Y como ya he dicho, el punto esencial de lo que se trata es, que todos nosotros somos buscadores de felicidad. Aún podríamos, qué se yo cómo y por cuánto rato, seguir digresando sobre la perversidad, el sexo, la homosexualidad, etc., y cuánto queda por hacer en este terreno, pero todos nosotros somos buscadores de felicidad, y somos empujados por Satanás en una dirección que cada vez nos lleva más lejos... Cuantas más muertes cometemos, tanto más grande es la culpa que como pueblo cargamos sobre nosotros mismos, aunque con apariencia de buenas intenciones podamos decir, que no es tan grave, que sólo se trataba de ayudar a aquella pobre mujer que se hallaba en dificultades, *-pero allí se comete un asesinato*. Y de esto se trata.

Pero lo que Jesús nos quiere dar: un lazo de amor real y recíproco entre hombre y mujer, lo tenemos por escrito en la carta a los Efesios, capítulo 5.

Con frecuencia vivimos así: -Si tengo esto y aquello, soy dichoso.

Pero no debe ser así. Sino: -Si tengo a JESUS, si estoy dispuesto a ofrecer un sacrificio, si estoy listo para estar al servicio de Dios y del prójimo, entonces soy dichoso.

En El encontramos la única fuente de nuestra dicha real,  
y uno querría gritar desde los tejados y terrazas:

*-Hombres y mujeres, poned atención por unos momentos,  
pues la felicidad no se encuentra allí donde yo puedo  
hacer lo que quiera. Porque no está ahí. ¡Sólo está en JESUS!*

Dña. E. Beerman -de Roos,

Dr. en Medicina